



LIBRO TERCERO

LOS FRUTOS DE LA HERACLEOFORBIA

CAPITULO PRIMERO

EL MUNDO TRANSFORMADO

I

La heracleoforbia, el boomfood ó como se le quiera llamar al maravilloso alimento de los dioses inventado por Bensington y Redwood, hacía su camino. Siguió operándose la transformación del orden de cosas establecido en el curso de los siglos, y jugando con el mundo por espacio de veinte años, á la manera del niño que juega con un juguete cualquiera.

La generalidad de las personas fué haciéndose cargo de ello poco á poco, aunque con asombro

siempre. Sin embargo, le estaba reservado á un hombre contemplar de repente y sin datos previos, la acumulación de dos docenas de años de actividad en el alimento, y debemos seguir á ese hombre en aquel día singular y referir algo de lo que vió.

Era el tal hombre un presidiario condenado á cadena perpetua. Su crimen no nos importa: la ley lo indultó á los veinte años de reclusión. Una mañana de verano, el miserable que había dejado el mundo á los veintitrés años, se encontró arrojado de la triste sencillez del trabajo y de la disciplina que había llegado á ser su vida, y se encontró de nuevo en plena libertad. Le pusieron ropas de cuyo uso había perdido la costumbre; el cabello le crecía libremente desde hacía algunas semanas y pudo peinar raya al cabo de varios días, y se encontró en un estado de novedad molesta, pesado de cuerpo y de alma, y tratando de comprender una cosa pasmosa. Y es que, después de todo, volvía á entrar en el mundo de los vivos y en el de otras cosas increíbles, para lo cual estaba totalmente desprevenido. Tuvo la suerte de hallar un hermano, el que, después de convencerse por la evocación del pasado, lo abrazó cariñosamente.

Este hermano, muy niño aún cuando encarcelaron al criminal, era ya un hombre barbudo y vigoroso; y juntos ambos, bajaron á la ciudad de Dover, hablándose poco y sintiendo mucho.

Se sentaron largo rato en una taberna, el uno

contestando á las preguntas del otro sobre la vida del tiempo pasado y sobre los conocidos, exponiendo antiguos y raros puntos de vista, dando de lado á miserables aspectos y perspectivas nuevas, hasta que llegó el momento de ir á la estación para tomar el tren de Londres. Nada importa á nuestra historia lo que hablaron de nombres y asuntos personales; pero sí conocer los cambios y las cosas extrañas que el triste encontró á su vuelta en aquel mundo que antes le fué tan familiar.

En Dover observó poca variación en la especialidad de la cerveza y del jarro; pero nunca había echado tan buen trago, y la gratitud hizo asomar una lágrima á sus ojos.

—La cerveza sigue siendo tan buena como siempre — dijo el pobre, aunque la encontraba infinitamente superior...

Cuando pasaron por Folkestone, en el tren, pudo observar, libre de inmediatas emociones, lo que había sucedido en el mundo; miraba por la ventanilla..

—¡Qué día de sol! — repetía por la duodécima vez. — ¡No hubiera podido tener mejor día de libertad!

Y entonces fué cuando por primera vez, se hizo cargo de las nuevas desproporciones que encontraba en el mundo.

—¡Dios mío! — exclamó levantándose del asiento y animándose por grados. — Pero, ¡qué

inmensos cardos crecen allí en aquella orilla! Es decir, caso de que sean cardos.

En efecto, eran cardos, y lo que él tomaba por grandes matas de retama era la hierba nueva; y junto á ellos, hallábase una compañía de soldados ingleses, con sus guerreras rojas, haciendo maniobras según la ordenanza revisada, en parte, después de la guerra boer. Luego, un túnel, y llegaron á Sandling Junction, que estaba obscuro, á pesar de tener luces encendidas, por estar aquel lugar envuelto en una espesura de enormes adelfas que saliéndose de los jardines inmediatos se habían extendido por el valle entero.

Había en la estación de Sandgate un tren compuesto de vagonetas cargadas de troncos de adelfas, y allí fué donde el ciudadano nuevo oyó hablar por primera vez del boomfood. Cuando el tren volvió á entrar en campo abierto, campo que no había sufrido cambio alguno, los hermanos estaban en plena explicación: el uno, haciendo ansiosas y obscuras preguntas; el otro, no acertando á contestarlas, porque consideraba las cosas en conjunto y no como hechos aislados.

—¿Esto es producto de *eso* que llaman boomfood? — preguntó el expresidiario, queriendo abrir la roca de sus conocimientos.

—Pero qué, ¿no lo sabías?... ¿Nadie te ha hablado de ello?... ¡boomfood!... ¡sí, se llama boomfood! Ya ves, todo el distrito comunal está metido

en ello. Es... no sé qué substancia científica... Pero ¿de veras no te han dicho nada?

Quien así hablaba y quien así preguntaba pensó que la cárcel había embrutecido á su hermano de una manera terrible por no saber tal cosa. Era un tiroteo continuo de preguntas y respuestas, y entre estos había intervalos de observación á la ventanilla.

Al principio, el interés del expresidiario era vago y general; su imaginación había estado preocupada con lo que le diría Fulano, de cómo llamaría á Zutano, lo que él diría á todos, y cómo les presentaría ciertas cosas, de modo que su encarcelamiento resultara atenuado. El boomfood se presentó al principio más bien como curiosidad encontrada en la columna de un periódico que como origen de las dificultades intelectuales de su hermano. Pronto notó, sin embargo, que el boomfood intervenía en todos los asuntos que discutían. En aquellos días, el mundo era un chapuz de transición, así es que este nuevo hecho penetró en él en series de asombrosos contrastes. El proceso del cambio no había sido uniforme, sino que fué desarrollándose un centro de distribución aquí y otro allá: en el país existían grandes áreas de terreno en que el alimento no había llegado aún, y otras en donde ya estaba en el suelo y hasta en el aire esporádico y contagioso. Era como un nuevo y atrevido motivo musical introduciéndose en vulturas y venerables melodías,

El contraste era muy vivo en aquel tiempo en la línea de Dover á Londres. Durante un rato recorrieron el país que el liberto conocía desde su niñez: las pequeñas propiedades de terreno cercado, de tamaño microscópico; los caminitos de anchura de tres carretas; los olmos y las encinas; los chopos que rodean los campos; las espesuras de sauces al lado del río; los montones de heno, altos como las rodillas de un gigante; casitas de muñecas con ventanas microscópicas, tejares y callejuelas de pueblo; los terraplenes de la vía, cubiertos de flores; las estaciones, rodeadas de jardines, y todas esas cosas del siglo XIX que van desapareciendo en lucha contra la inmensidad. Aquí y allá se veía como un manchón de cardos llevados y sembrados por el viento, desafiando el hacha; de vez en cuando, una seta de diez pies de altura ó los tallos hechos cenizas de algún matorral gigante destruído por el fuego... ¿Y era esto todo lo que pudiera indicarles la llegada del alimento?

En unas cuarenta millas no había nada que pudiera dar sombra á la extraña magnitud del trigo y de los hierbajos, que habían estado ocultos á doce millas de camino, pasando las colinas en el valle de Cheasing Eyebright.

¡Entonces fué cuando empezaron á verse los rastros del alimento! La primera cosa que admiró el expresidiario fué el grande y nuevo viaducto en Tonbridge, donde el pantano de la ahogada

Midway (debido á la variedad gigante de *Chara*), empezaba en aquel entonces. Luego, otra vez, el país minúsculo; y luego, cuando la pequeña inmensidad de Londres se extendió bajo su niebla, los rasgos de la lucha del hombre por impedir la entrada de lo grande se hicieron más abundantes y elocuentes.

En toda la región del sudeste de Londres, y alrededor de donde vivía Cossar y sus hijos, se había insurreccionado el alimento misteriosamente en centenares de sitios y la antigua vida siguió reinando entre aquellos portentos diarios que no anunciaban portentosamente su aumento. Y nuestro nuevo ciudadano miraba por primera vez aquellos fenómenos extraños y avasalladores, aquellas llanuras ennegrecidas, llenas de cicatrices, cuarteles y arsenales que una sutil y persistente influencia había introducido en la vida de los hombres.

Allí, en una escala más amplia, se habían repetido los experimentos de la granja de Bensington. En las cosas inferiores y accidentadas de la vida; bajo los pies y en grandes espacios, se había declarado la irrupción de una fuerza con nuevas salidas. Había allí grandes patios mal olientes, y cercados donde una especie de matorral daba combustible á una maquinaria gigantesca; allí había caminos y carreteras para inmensos automóviles y vehículos, caminos hechos con las fibras entretrejidias de cáñamo hipertrofiado; allí había to-

rres con sirenas de vapor que ensordecían y anunciaban al mundo una nueva invasión de animales; y, lo que era aún más extraño, campanarios de iglesias venerables provistos de un mecanismo que producía formidables alaridos. Allí había cabañitas pintadas de rojo y burladeros para la guarnición, cada una de aquellas con su línea de rifles de 300 metros, donde se ejercitaban los tiradores diariamente en el manejo de fusiles descomunales y municiones blandas en forma de ratas monstruosas, con que tiraban al blanco. Seis meses después, desde el día en que de los Skinners hubo erupción de ratas gigantes, que fueron saliendo del alcantarillado del sudoeste de Londres, hecho que llegó á ser tan corriente como el de haber tigres en el delta de Calcutta...

El hermano del presidiario compró con cierta precipitación un periódico en Sandling, que acabó por llamar la atención del infeliz, el cual abrió sus hojas, con las que ya no estaba familiarizado; éstas le parecieron más pequeñas, más numerosas y de tipo diferente á los diarios que había conocido en años anteriores, y se encontró con innumerables grabados extraños que le resultaron faltos de interés, y con grandes columnas de impreso cuyos títulos eran en su mayor parte tan poco significativos como si estuvieran escritos en algún idioma extraño «Gran discurso del señor Caterham», «Las leyes del boomfood».

—¿Quién es este Caterham? -- preguntó á su compañero.

—Ese está al pelo — repuso este, — al pelo.

—¿Es algún político?

—El que va á derribar al gobierno; ya lo ha conseguido otras veces.

—¿Y toda aquella gente que conocí, Chamberlain, Rosebery y comparsa, qué se ha hecho de ella?

Su hermano le asió de una muñeca y le dijo señalando por la ventanilla:

—Esos son los Cossar.

Los ojos del expresidiario siguieron la dirección del índice, y...

—¡Dios del cielo! — exclamó con pasmo.

Se le cayó el periódico de las manos. A través de los árboles columbró una forma humana, gigantesca, de trece metros de estatura, que en pie y con las piernas abiertas, se disponía á lanzar una pelota que tenía en la mano; la forma brillaba á los rayos del sol pues iba vestida con un tejido de metal brillante, ceñido al cuerpo por un ancho cinturón de acero. La vista del expresidiario pasó de aquella á otra forma gigantesca que, á bastante distancia, se disponía á recoger la pelota, y entonces comprendió que todo el terreno de la gran bahía de las colinas al norte de Sevenoaks, había sido preparado para tal objeto.

Una trinchera inmensa dominaba el terreno,

donde se hallaba la casa monstruosa, de forma egipcia, edificada por Cossar cuando los niños salieron de *Nursery*, y detrás de ella veíase un grande y obscuro techado del que parecía salir centelleante fosforescencia, y de donde procedía un martilleo titánico que ensordecía. La atención del viajero volvió á fijarse en el gigante, cuando éste lanzaba la gran pelota de madera con aros de hierro. Los dos viajeros se pusieron en pie y miraron. La pelota era del tamaño de un barril.

—¡La cogió! — gritó el expresidiario, á tiempo que un árbol tapó al jugador.

Todos los viajeros presenciaron el espectáculo en una fracción de minuto, y el tren pasó por detrás de los árboles, á meterse en el túnel de Chislehurst.

—¡Dios mío! — exclamó el expresidiario cuando los envolvió la obscuridad. — ¡Si ese chico tiene la altura de una casa!

—Esos son los jóvenes Cossar — contestó su hermano moviendo la cabeza de un modo significativo. — ¡Por ellos ocurre todo este trastorno!...

Salieron del túnel, y descubrieron más campanarios con sirenas, más cabañas rojas y, por último, los hotelitos agrupados de los arrabales extremos. El arte de fijar anuncios y cartelones no se había perdido; así es que en innumerables y altísimas vallas, en las paredes altas de las casas, en las empalizadas y en otros centenares de pun-

tos, se veían anuncios *policromas* para la elección del gran boomfood: «Caterham», «boomfood» y «Jack, el matador de gigantes», se repetían incesantemente é iban acompañados de monstruosas caricaturas y de contorsiones variadas y de cien pésimas representaciones de aquellas grandes y brillantes figuras que los viajeros habían contemplado de paso hacia solamente unos minutos...

II

El hermano menor se había propuesto celebrar la vuelta del expresidiario á la vida con verdadera magnificencia, dándole una gran comida en un restaurant acreditado y llevándole después á gozar de las brillantes impresiones que pueden producir los *music-halls* del día. Era un plan á propósito para borrar las manchas más superficiales de la prisión con el manto de la indulgencia; pero la segunda parte del programa no llegó á realizarse. El banquete se celebró, pero había ya en el hombre algo más fuerte que el deseo de espectáculos teatrales, algo que apoderándose de su espíritu por completo, le hacía olvidar su pasado mejor que hubiera podido hacerlo ningún teatro; y era la curiosidad enorme que le inspiraban el boomfood, los hijos del alimento y la nueva humanidad gigante y portentosa que parecía dominar al mundo.

—Yo no los entiendo, pero me preocupan mucho — dijo el hombre.

Su hermano tuvo la delicadeza de pensar que

podía encubrir su hospitalidad con un pretexto plausible.

—Hoy es la noche tuya, hermano — le dijo.—
Trataremos de entrar en el *meeting* monstruo que se va á verificar en el Palacio del Pueblo.

Y tuvo la dicha, el expresidiario, de verse, por fin, encañado entre la muchedumbre y de mirar desde lejos una pequeña plataforma iluminada, debajo de un órgano y una galería. El órgano se puso á tocar algo que hizo dar taconazos á los espectadores, mientras iban entrando las masas; pero pronto dejó de sonar.

Apenas se había sentado nuestro viajero, que disputó con un importuno forastero que daba codazos, llegó Caterham, saliendo de entre las sombras hasta el centro del tablado; un pigmeo, que á distancia resultaba una figurilla diminuta, vestida de negro, con una manchita rosada por fisonomía, en la que, de perfil, se distinguía perfectamente su nariz aguileña. Una personilla lanzaba detrás del mismo, un ¡viva!, viva que, empezando desde muy lejos, aumentó y se propagó á unas cuantas vocecillas de los que rodeaban al principio el tablado, viva que, de repente, se convirtió en un formidable sonido. ¡Qué modo de dar vivas!
—¡Hurrah! ¡Hurrah!

Ninguno de los concurrentes gritó como el expresidiario. Las lágrimas le corrían por la cara, y no cesó de gritar hasta que llegó mate-

rialmente á ahogarse. Hay que haber estado encarcelado mucho tiempo para poder comprender lo que significa la libertad de los pulmones entre una multitud. (A pesar de todo esto, el liberto no pretendió saber el por qué de tanta emoción).

—¡Hurrah! ¡Hurrah!

Y reinó luego un rato de silencio. Caterham se había resignado pacientemente, y algunas personas subordinadas á él, á las que apenas se oía, decían y hacían con la mayor gravedad las cosas más insignificantes. Era como oír voces á través del ruido que producen las hojas en la primavera. Pero ¿qué importaba todo ello? El auditorio susurraba: *Uauauaua...*

Y la cosa proseguía... ¿No acabarían nunca aquellos charlatanes de feria? En efecto, los charlatanes eran interrumpidos de nuevo.

Pero si no se podía oír, se podía ver, y poniéndose en pie se podían estudiar desde lejos las facciones del grande hombre. Por lo demás, el mundo podía estudiarlo á su sabor, pues se le veía reproducido en quinqués, en platos, en las medallas y banderolas del anti-boomfood, en los carretes de lujo y en los tejidos de *algodón Caterham*. ¿Qué más? hasta en los forros de los sombreros. Había monopolizado la caricatura de su tiempo y bien se le veía en traje de marinero apoyado en un cañón vetusto con el bota-fuego en la mano, bota-fuego en que se leía: «Nuevas leyes de boom-

food,» en tanto que se revolvía en el mar el horrible monstruo amenazador llamado así, bien se le veía armado de pies á cabeza, con la cruz de San Jorge en el yelmo y en el escudo, ante un titán cobarde, especie de Calibán, que sentado al pie de su horrible cueva, rechaza el guantelete de las «Nuevas regularizaciones del boomfood», ora bajando como Perseo á rescatar á Andrómeda, que llevaba en el cinturón el significativo título de «Civilización», del poder de otro monstruo marino que en sus múltiples cuellos y garras llevaba escritos los nombres de «Irreligión», «Egoísmo avasallador», «Mecanismo», «Monstruosidad» y otras. La imaginación popular creyó más correcta la denominación de «Jack, el matador de gigantes» al tratar de Caterham, y por aquel lado del prisma agrandó el expresidiario la silueta de aquella miniatura distante.

De pronto cesaron los gritos y las conversaciones, y todos se sentaron.

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Es Caterham!

—¡Caterham! ¡Caterham!

Y estallaron nuevos vivas y hurras.

Luego... luego, querido lector, es indispensable la existencia de una multitud para que reine un silencio como el que siguió á tan espantoso

rialmente á ahogarse. Hay que haber estado encarcelado mucho tiempo para poder comprender lo que significa la libertad de los pulmones entre una multitud. (A pesar de todo esto, el liberto no pretendió saber el por qué de tanta emoción).

—¡Hurrah! ¡Hurrah!

Y reinó luego un rato de silencio. Caterham se había resignado pacientemente, y algunas personas subordinadas á él, á las que apenas se oía, decían y hacían con la mayor gravedad las cosas más insignificantes. Era como oír voces á través del ruido que producen las hojas en la primavera. Pero ¿qué importaba todo ello? El auditorio susurraba: *Uauauaua...*

Y la cosa proseguía... ¿No acabarían nunca aquellos charlatanes de feria? En efecto, los charlatanes eran interrumpidos de nuevo.

Pero si no se podía oír, se podía ver, y poniéndose en pie se podían estudiar desde lejos las facciones del grande hombre. Por lo demás, el mundo podía estudiarlo á su sabor, pues se le veía reproducido en quinqués, en platos, en las medallas y banderolas del anti-boomfood, en los carretes de lujo y en los tejidos de *algodón Caterham*. ¿Qué más? hasta en los forros de los sombreros. Había monopolizado la caricatura de su tiempo y bien se le veía en traje de marinero apoyado en un cañón vetusto con el bota-fuego en la mano, bota-fuego en que se leía: «Nuevas leyes de boom-

food,» en tanto que se revolvía en el mar el horrible monstruo amenazador llamado así, bien se le veía armado de pies á cabeza, con la cruz de San Jorge en el yelmo y en el escudo, ante un titán cobarde, especie de Calibán, que sentado al pie de su horrible cueva, rechaza el guantelete de las «Nuevas regularizaciones del boomfood», ora bajando como Perseo á rescatar á Andrómeda, que llevaba en el cinturón el significativo título de «Civilización», del poder de otro monstruo marino que en sus múltiples cuellos y garras llevaba escritos los nombres de «Irreligión», «Egoísmo avasallador», «Mecanismo», «Monstruosidad» y otras. La imaginación popular creyó más correcta la denominación de «Jack, el matador de gigantes» al tratar de Caterham, y por aquel lado del prisma agrandó el expresidiario la silueta de aquella miniatura distante.

De pronto cesaron los gritos y las conversaciones, y todos se sentaron.

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Es Caterham!

—¡Caterham! ¡Caterham!

Y estallaron nuevos vivas y hurras.

Luego... luego, querido lector, es indispensable la existencia de una multitud para que reine un silencio como el que siguió á tan espantoso

vocerío. Un hombre solo en mitad del desierto siente también el silencio, pero solo hasta cierto punto, porque se oye respirar y moverse á sí mismo, porque oye diferentes cosas. Allí no se oía más que la voz de Caterham, clara y brillante como una lucecita que se destaca de un fondo de terciopelo negro. Se le oía, sí, de una manera argentina.

Al expresidiario le produjo extraordinario efecto ver aquella figurilla gesticulando en una aureola de luz y en medio de una rica armonía de poderosos sonidos. En el tablado, detrás de él, y esfumados, veíanse sus partidarios, y por delante veíase la perspectiva de innumerables cabezas y hombros en actitud de inmensa atención; aquella figurilla absorbía la atención, el pensamiento de todos.

Caterham habló de nuestras antiguas instituciones, y escuchó aplausos de la multitud, y obtuvo la aprobación del expresidiario: habló de nuestro antiguo espíritu de orden y de justicia, y obtuvo nuevos aplausos de la multitud y nueva aprobación del expresidiario, conmovido ya profundamente: habló de la sabiduría de nuestros antepasados, del desarrollo lento de las instituciones venerables, de nuestras tradiciones morales y sociales, adaptadas al carácter moderno como el guante á la mano... Gritos de aprobación del expresidiario, cuyos ojos se llenaron de lágrimas á

causa de la excitación nerviosa... ¡Y todo aquello iba á derrumbarse, á deshacerse, porque tres hombres de Londres, tuvieron veinte años antes, la ocurrencia de mezclar en una botella algo indescriptible!... ¡Todo el orden y toda la santidad de las cosas alterados!... Oyéronse gritos de «No, no!»

—Pues bien — dijo Caterham, — si eso no ha de suceder, hay que hacer un esfuerzo, hay que dejar las vacilaciones...

Estalló una tempestad de aplausos y de vivas.

—Sí, tienen que caer las vacilaciones y las resoluciones á medias — dijeron algunos.

—Caballeros — siguió diciendo el orador, — hemos oído hablar de ortigas que han tomado proporciones gigantescas, ortigas que en un principio eran iguales á sus congéneres, plantas pequeñas que pueden arrancarse y destruirse con facilidad pero que si se las deja crecer, lo hacen tan poderosamente y con tan venenosa expansión, que para arrancarlas hacen falta hachas y cordes, y arriesgar, por necesidad, la vida y la salud en el trabajo y la pena de quererlas destruir. Los hombres se arriesgan al cortarlas; pueden ser muertos...

El orador hizo una pausa, y luego pudo oír claramente estas palabras de Caterham, penetrantes y agudas:

—Enteraos de lo que es el boomfood por el boomfood mismo.

Nueva pasusa.

—¡Arrancad vuestras ortigas antes de que sea tarde!

Volvió á callar y se limpió los labios.

Y volvió á oírse aquel extraño y ligero ruido que, creciendo hasta atronador tumulto, hacía creer que el mundo entero daba vivas...

El hombre, que ya era libre, salió del salón, por fin, lleno de asombrosa agitación y con ese *no sé qué* en el semblante, que caracteriza á los iluminados. El sabía, y todos sabían, que sus ideas no tenían nada de vago ni de incierto.

Había vuelto á un mundo en crisis, en el momento preciso de una cosa estupenda. El también haría su papel de hombre en aquel gran conflicto; sí, su papel de hombre libre y responsable. El antagonismo se le ofrecía como un cuadro, como una perspectiva: de un lado, aquellas ligeras y gigantescas figuras vestidas de cota de malla, que había visto por la mañana, y que ahora veía de muy diferente aspecto; de otro lado, aquella criatura vestida de negro, gesticulando mucho bajo una luz de calcio, aquel pigmeo con su sinfonía persuasiva y su vocecilla maravillosamente penetrante, aquel Juan Caterham ó «Jack, el matador de gigantes».

¡Todos debían unirse para «arrancar la ortiga» antes de que fuera «demasiado tarde».

III

Los hijos del alimento, más fuertes, los más altos y considerados, eran los tres hijos de Coszar. La milla cuadrada de terreno cerca de Sevenoaks, en que pasaban su niñez, estaba tan atrincherada, tan removida y levantada la cubierta de tejadillos y de inmensos modelos para sus trabajos y sus juegos, que no se parecía á ningún otro sitio del mundo. Y hacía ya mucho tiempo que les resultaba pequeña para la inmensidad de las cosas que proyectaban hacer. El hijo mayor era un poderoso inventor de máquinas, y él mismo se había construído una especie de bicicleta gigante, que no cabía en ninguna carretera del mundo y que no resistiría ningún puente de los construídos hasta la fecha. Allí había un conjunto de enormes ruedas y de maquinaria capaz de recorrer doscientas cincuenta millas por hora, completamente inútil fuera de los ratos en que la montaba su dueño, yendo de acá para allá por el inmenso patio de trabajo. El había pensado dar una vuelta por nuestro pequeño mundo montado

en su bicicleta, y con tal intención la había construido cuando sólo era un niño soñador. Ahora, los rayos de las ruedas estaban rojos de moho, semejando heridas en todas aquellas partes en que se había desgastado el esmalte. Cossar había dicho á su hijo:

—Tendrás que hacer un camino para ella antes de poderla utilizar, hijo mío.

Así es que una mañana, al amanecer, el chico y sus hermanos se pusieron á trabajar para hacer un camino que diera la vuelta al mundo. Aunque tuvieron un pequeño impedimento, trabajaron con notable vigor y actividad, y lograron hacer el camino, tan derecho como la trayectoria de una bala de cañón, hacia el canal inglés. Ya tenían algunas millas niveladas, hechas y hasta apisonadas al mediodía, cuando una multitud de gente compuesta de propietarios de terrenos, agentes urbanos, autoridades locales, abogados, polizontes y hasta de soldados, les hizo interrumpir su trabajo. El chico mayor les explicó las cosas diciéndoles:

—Estamos haciendo un camino.

—Hagan ustedes el camino que quieran — dijo el abogado que parecía llevar la voz cantante, — pero respeten los derechos de los demás. Han violado ustedes ya el derecho privado de veintisiete propietarios, sin contar los privilegios especiales y las propiedades de todo un distrito urbano, de nueve curatos parroquiales, de un

condado, de dos fábricas de gas y de una compañía de ferrocarriles...

—¡Santo Dios! — exclamó el hijo mayor de Cossar.

—Y tendrán ustedes que dejar el trabajo por fuerza...

—Pero, ¿no les gustaría á ustedes un hermoso camino recto y espacioso, en lugar de todos estos senderitos de mala muerte que tienen ahora?

—Yo no digo que no fuera ventajoso, pero...

—¿No es posible realizar nuestro proyecto? — dijo el muchacho mayor recogiendo las herramientas.

—No por esta parte — contestó el abogado.

—¿Y cómo lo hemos de hacer?

La contestación del abogado fué confusa y complicada. Cossar bajó á ver el trastorno que habían causado sus hijos; les reprendió severamente, y se echó á reír, al parecer muy contento y satisfecho de lo que veía.

—Chicos, tenéis que aguardar algún tiempo más antes de emprender cosas como esta — les dijo.

—El abogado les dijo que, ante todo, tenían que presentar el proyecto, obtener el permiso y poderes especiales y que dar luego muchos pasos, todo lo cual era cosa de algunos años.

—Hijos — les dijo el padre poniéndose las manos en la boca á modo de bocina, — ya for-

maremos nuestro plan dentro de poco tiempo; no tengáis cuidado. Por ahora, limitaos á jugar y á construir modelos de las casas que queráis edificar.

Los niños, como hijos sumisos y obedientes, dieron gusto á su padre, pero no por eso dejaron de estar pensativos: el más pequeño le decía al mayor:

—Todo eso está muy bien, pero yo no me resignó á seguir jugando y plumeando: yo quiero hacer algo *real*: no hemos venido á este mundo con las fuerzas que tenemos para jugar en esta migaja de terreno ni para dar paseitos y vivir fuera de toda población. (En aquella época les estaba prohibido vivir dentro de poblado). Esto de no hacer nada es perjudicial. ¿No podríamos averiguar qué es lo que necesitan las gentes pequeñas para hacerlo nosotros aunque sólo fuera por el gusto de trabajar? Hay entre la gente chiquita muchos que no tienen casas buenas donde vivir: hagámosles cerca de Londres un edificio en que quepan millares de personas con toda comodidad: haremos que resulte muy bonito y construiremos una carretera recta para que puedan discurrir por ella á su gusto, y que sea, además, una calle bonita y cómoda. Lo haremos todo muy ordenado y muy limpio y conseguiremos que no sigan viviendo del modo miserable y ruín que ahora viven en su mayor parte. Les pondremos

bastante agua para que se laven, pues ya conoces lo sucios que son, pues de cada diez apenas si hay uno que tenga baño en la casa. Tu conoces la vida y sabes que los que tienen baños y comodidades insultan y escupen á los que carecen de ellos en vez de ayudarles á que los tengan, y que les apellidan «los muy puercos». Nada de eso ignoras, y nosotros somos los que debemos hacer la transformación proporcionándoles luz eléctrica, guisándoles y cuidándonos del aseo de todos ellos. Habrás observado que á sus mujeres, las que van á ser madres, las hacen que se arrastren por los suelos para que frieguen los pisos. Pues bien, todo eso lo haríamos nosotros perfectamente: ahondaríamos un valle allí entre las colinas para formar un depósito de agua, y luego podríamos levantar aquí un gran generador eléctrico. En fin, que podríamos hacer de esto una preciosidad ¿no es verdad, hermano? y ¡quién sabe si después consentirían en que les hiciéramos otras cosas, otras mejoras!

—Sí — replicó el hermano mayor, — podríamos hacer muchas cosas que fueran del agrado de la gente pequeña.

—Pues manos á la obra — replicó el menor.

—No hay inconveniente — dijo el mayor, buscando en el acto una herramienta.

Esto les produjo un nuevo disgusto: millares de personas acudieron excitadas para decirles, apo-

yadas en multitud de razones que suspendieran su trabajo y mandándoles con la música á otra parte sin razón alguna. Masas chillonas, confusas y abigarradas les decían que el edificio en construcción era demasiado alto, que no tenía estabilidad y que resultaba feo porque se separaba del aspecto general de las casas de regulares dimensiones del poblado y estropeaba el conjunto estético del barrio; que se oponía á las leyes sobre la edificación; que violaba el derecho de la autoridad municipal llamada á intervenir con su escasa y costosa provisión de electricidad, de que era dueña, y que contrariaba, demás, los intereses de la compañía que surtía de aguas al pueblo.

Los empleados del gobierno se opusieron oficialmente á la construcción. El abogado fué de nuevo á demostrar á ambos hermanos que sus empresas gigantescas lesionaban por docenas los intereses creados; que los propietarios se oponían abiertamente á la construcción del edificio, y que la gente, aduciendo derechos más ó menos claros, más ó menos turbios, pedían indemnizaciones exorbitantes. Las *Trade Unions* de todos los arquitectos, maestros de obras, etc., levantaron la voz colectivamente, y unidos al gremio de abastecedores de materiales de construcción, se coaligaron contra los gigantes. Por último, numerosas asociaciones de personas iluminadas, que vaticinaban horrores contra la estética por la construcción de

obras tan magnas, se unieron para proteger el paisaje que debía ocupar el inmenso edificio, y el valle que había necesidad de escabar para convertirlo en depósito de aguas.